Segur: La Sagrada Comunión.

QUÉ NECESITAN LOS HOMBRES DE NEGOCIOS...?

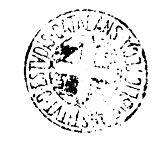
LA SAGRADA COMUNIÓN

POR

MONSEÑOR DE SEGUR.

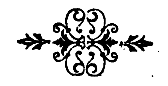
TRADUCCIÓN

de D. Luís María Dachs.

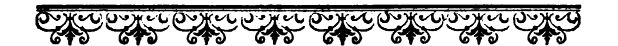


SÉPTIMA EDICIÓN.

Con licencia eclesiástica.



BARCELONA:
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, PINO, 5.
1896.



LA SAGRADA COMUNIÓN.



L publicar este opúsculo sobre la Sagrada Comunión, no es mi objeto ilustrar y convencer á los incrédulos; propóngome únicamente fortalecer y confirmar más y más en sus sentimientos de devoción y confianza á los cristianos que la reciben ya con más ó menos frecuencia. Quisiera ensancharles el corazón, haciéndoles comprender mejor lo que es este Sacramento inefable; quisiera desvanecer cierto temor oculto que les oprime, haciéndoles palpar lo

vano, lo fútil, lo infundado de las preocupaciones jansenistas, que todavía nos mantienen demasiado alejados de un Sacramento que es todo amor.

Quisiera secundar los esfuerzos de los buenos sacerdotes por resucitar el espíritu de piedad que animaba á otras generaciones, y renovar, si posible es, aquel fervor de los tiempos antiguos por medio del uso frecuente de la Comunión, al cual fueron deudores de su santificación los primitivos fieles.

Quisiera finalmente cooperar por mi parte á la grande obra de regeneración que preocupa á todos los hombres pensadores, obra que no se puede realizar sino con milagros de gracia. Nunca como ahora hubo necesidad de Santos, y sólo la Comunión hace Santos.

La doctrina que expongo es la misma de la Iglesia católica, Madre y Maestra de la verdadera piedad, como lo es de la verdadera fe: sobre el particular no abrigo la menor duda. Te la presento, pues, amado lector, con completa seguridad; y si sacas de

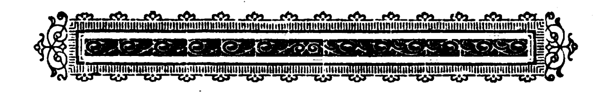
ella algún provecho, ruégote en nombre de Nuestro Señor que la propagues, dando á conocer este mi humilde trabajo, que consagro á la Santísima Madre de Dios.

Habiéndome tomado la libertad de poner este opúsculo á los pies del Soberano Pontífice, Su Santidad se dignó aprobar, sin restricción alguna, el pensamiento que lo inspiró y la doctrina en él expuesta. He aquí cómo empezaba el Breve apostólico, dado el 29 de Septiembre de 1860, que se dignó dirigirme:

Amadísimo hijo: Nos hemos recibido con el mayor gusto el homenaje de tu libro, y te felicitamos vivamente por el religioso celo, digno de toda alabanza, con que te esfuerzas en excitar á los fieles á un uso más frecuente de la Comunión eucarística.

Además (y séame permitido llamar sobre este hecho toda la atención de los lectores), al principio de la Cuaresma de 1861, el Padre Santo, al dar según costumbre, en

una sala del Vaticano, la misión y la bendición apostólica á los predicadores de las estaciones de Roma, les distribuyó con sus propias manos este tratadito, y añadió: *Mucho bien ha hecho ya este librito, venido de Francia; habría de darse á todos los niños al tiempo de hacer la primera Comunión; todos los párrocos deberían tenerlo, porque contiene las verdaderas reglas de la Comunión, tales como las entiende el Concilio de Trento, y como Su Santidad quiere que sean aplicadas, etc...* Estas preciosas palabras me las refirió un testigo auricular, sacerdote romano, predicador de una de las estaciones de la Cuaresma.



VERDADERA IDEA

DE LA SAGRADA COMUNIÓN.

NUESTRO Señor Jesucristo está real y efectivamente presente en la Divina Eucaristía. Es de fe, y así lo han creído los católicos de todos tiempos y lugares. Aunque oculto tras los accidentes de color, olor, sabor, peso y dimensiones, en la Hostia consagrada vemos el sacratísimo Cuerpo glorificado y celeste de nuestro Redentor, el cual reposa perpetuamente en nuestros altares para ser el centro del culto divino, y dar á nuestras almas en la Comunión la fuerza necesaria para perseverar unidas con Dios.

Propiamente hablando, la Comunión no tiene por objeto ponernos en relación con Jesucristo, pues le poseemos ya por la gracia; está ya en nosotros, como nos lo enseña á cada paso la Sagrada Escritura.

Tampoco tiene por objeto la Comunión darnos la vida de la gracia, es decir, la vida espiritual que resulta de nuestra unión con Dios. No puede comulgar el que no vive ya esta vida, el que no esté unido ya á Jesucristo por medio de la gracia; en caso contrario la Comunión sería un horrendo sacrilegio.

¿Cuál es, pues, el verdadero objeto de la Comunión? *Alimentar* la unión santificante y vivificante de nuestras almas con Dios; *mantener* y *robustecer* en nosotros la vida espiritual é interior; impedir que desfallezcamos en el viaje y en el combate de la vida, perdiendo la santidad que Dios nos infunde por medio del Bautismo y de la Confirmación.

La gracia particular del Sacramento de la Eucaristía es, por lo tanto, una gracia de *alimentación* y *perseverancia*. Así es que Nuestro Señor Jesucristo, al hablarnos de la Eucaristía, declara que nadie puede vivir la vida cristiana sino á condición de comulgar. «En verdad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros (1).»

Quien quiera ser cristiano y permanecer unido con Dios, ha de participar de la Eucaristía. Lo mismo pasa con el alma que con el cuerpo. Para vivir es necesario comer: la comida no da la vida; la alimenta y le comunica aquella fuer-

(1) Joan. VI, 54.

za que constituye la salud. En esto el cuerpo es figura del alma. El alma tiene su vida, resultado de su unión con Dios por Jesucristo; esta unión se llama gracia, y para subsistir tiene necesidad de un alimento; este alimento es Jesús eucarístico, que ha dicho de sí mismo: «Yo soy pan de la vida. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí mora y Yo en él (1).» Así como el cuerpo no puede conservar la vida sin comer, así tampoco el alma puede perseverar en la gracia sin comulgar. Las fuerzas y la salud del cuerpo dependen de los alimentos que toma; del mismo modo la santidad y el vigor del alma dependen de la Comunión.

La Comunión, entiéndase bien, no es una *recompensa* de la santidad adquirida, sino un *medio,* y nada más que medio, de conservar la gracia, de aumentarla y de llegar á la santidad. El alimento corporal tiene idéntico carácter. No comemos porque tenemos fuerzas, sino para conservarlas ó llegar á tenerlas.

Y de la misma manera que es de esencia de la nutrición física el ser un acto frecuente y habitual de la vida de nuestro cuerpo, así también es de esencia de la Sagrada Comunión el ser un acto ordinario y habitual de la vida cristiana.

Tal es la verdadera idea que la Iglesia católica

(1) Joan. VI, 48, 56, 57.

nos da de la Divina Eucaristía. Así el Concilio de Trento, invocando el testimonio de todos los siglos cristianos y de los Padres de la Iglesia, expresa formalmente el deseo de que *en la Misa los fieles comulgaran, no sólo espiritualmente, sino también sacramentalmente, á fin de que percibiesen más abundantes frutos del Santo Sacrificio* (1).

Y el Catecismo Romano, compuesto por orden del Concilio de Trento y publicado oficialmente por la Santa Sede, sancionado por numerosas Bulas apostólicas y recomendado por muchísimos Concilios provinciales, añade estas graves palabras, cuya autoridad es perentoria: «Sepan los fieles que han de recibir con frecuencia la Sagrada Eucaristía. Pero sobre si conviene más hacerlo cada mes, cada semana ó cada día, no se puede prescribir una regla fija y uniforme para todos; sin embargo, he aquí la segurísima regla que daba San Agustín: *Vive de manera que puedas comulgar cada día.* Por lo tanto, el párroco tiene estrecha obligación de exhortar con frecuencia á los fieles á que, así como juzgan que es una necesidad dar cada día al cuerpo el alimento necesario, así también no descuiden de alimentar y robustecer cada día sus almas con

(1) Optaret quidem sacrosancta Synodus, ut in singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiæ perceptione communicarent, quo ad eos sanctissimi hujus sacrificii fructus uberior proveniret. *(Conc. Trid., ses. 22, c. VI).*

este Sacramento; pues es evidente que no necesita menos el alma del manjar espiritual, que del natural el cuerpo. Y será de gran provecho insistir á este propósito en los grandes y divinos beneficios que reportamos de la Comunión sacramental: asimismo convendrá recordar que ya en otro tiempo había necesidad de reparar cada día las fuerzas del cuerpo con el maná, figura del Sacramento del altar: también será de la mayor importancia aducir las autoridades de los Santos Padres, que recomiendan encarecidamente la frecuente recepción de este Sacramento. Pues no fué solamente del Padre San Agustín aquella sentencia: *Quotidie peccas, quotidie sume;* antes el que considerare diligentemente, verá sin dificultad que fueron del mismo sentir todos los Padres que escribieron de esta materia (1).»

(1) Fideles sæpius iterandam Eucharistiæ communionem existiment. Utrum autem singulis mensibus, vel hebdomadis, vel diebus id magis expediat, certa omnibus regula præscribi non potest, verumtamen illa est Sancti Augustini norma certissima: *Sic vive, ut quotidie possis sumere.* Quare parochi partes erunt fideles crebro adhortari ut, quemadmodum corpori in singulos dies alimentum subministrare necessarium putant, ita etiam quotidie hoc sacramento alendæ et nutriendæ animæ curam non abjiciant: neque enim minus spirituali cibo animam, quam naturali corpus, indigere perspicuum est. Vehementer autem proderit hoc loco repetere maxima illa et divina beneficia, quæ ex Eucharistiæ sacramentali communioni consequimur; illa etiam figura erit addenda, cum singulis die-

Esta es la verdad, esta la voluntad de Dios, esta la regla que nos da por la palabra augusta é infalible de su Iglesia. Medítela, pues, cada cual, penétrese bien de ella, y reforme, si necesario es, sus opiniones particulares ante esta enseñanza exenta de error.

Una vez comprendido este principio fundamental, probemos de dar una solución clara á las dificultades que se alegan por muchos para privarse ó privar á los otros de los inefables beneficios que alcanza el que comulga con frecuencia.

Mas antes de entrar en materia establezcamos algunas distinciones importantes:

Comulgar tres ó cuatro veces á la semana, y con mayor motivo comulgar cada día ó casi todos los días, es comulgar con frecuencia y con frecuencia absoluta.

Comulgar los domingos y días de fiesta no es comulgar con frecuencia, tratándose de los sacerdotes, de los Religiosos y Religiosas, de los seminaristas, y en general de los cristianos que hacen profesión de aspirar con fervor y celo á la

---

bus corporis vires manna reficere oportebat; itemque sanctorum Patrum auctoritates, quæ frequentem hujus sacramenti perceptionem magnopere commendant. Neque enim unius Sancti Patris Augustini ea fuit sententia: *Quotidie peccas, quotidie sume;* sed, si quis diligenter attenderit, eumdem omnium Patrum, qui de hac re scripserunt, sensum fuisse, facile comperiet. *(Cat. Rom.* De Euchar.).

perfección; pero es realmente comulgar con frecuencia respecto de los niños y de la gran masa de fieles que no pueden consagrar mucho tiempo á las prácticas de piedad.

Comulgar cada mes ó en las grandes festividades no es una Comunión frecuente para nadie, ni para los hijos del pueblo, ni para las gentes del campo, ni para los obreros. Esto no quiere decir que no sea una práctica excelente que debe recomendárseles encarecidamente cuando no se pueda alcanzar más; pero, de todos modos, no es la Comunión frecuente.

Esto sentado, oigamos y discutamos.

I.

Para comulgar á menudo es necesario ser más santo de lo que soy.

Y para llegar á ser más santo de lo que eres, es necesario comulgar á menudo.

¿Quién de nosotros dos tiene razón? Evidentemente eres de los que consideran la Sagrada Comunión, no como un medio, sino como una recompensa; error profundo, como decíamos poco ha.

Es mucha verdad que, para comulgar frecuentemente, se necesita cierta santidad. Pero ¿qué santidad es esa? ¿Es acaso la perfección de los grandes Santos y de los Mártires? De ninguna manera; sería de desear sin duda, pero no es un

requisito; la santidad *exigida* para la Comunión frecuente está á tu alcance y al de todos los verdaderos cristianos, como quiera que es simplemente el estado de gracia, con el firme propósito de evitar el pecado y servir á Dios con fidelidad.

¿Se puede pedir menos? ¿No conoces que Dios te ha de pedir indispensablemente esta disposición del corazón, cuando sin ella no es posible que seas un verdadero cristiano? Porque, dime, ¿qué es un cristiano que permanece en estado mortal y se complace en el mal? Mas aún, ¿qué es un cristiano, un hijo de Dios que, *con deliberado propósito,* comete y ama el pecado venial?

Como observa Bourdaloue (1), no debemos confundir nunca lo que es *de precepto* con lo que es meramente *de consejo;* confusión que embrolla, desde hace dos siglos, nuestra piedad y despuebla nuestros templos. Sólo una disposición hay que sea *de precepto* para comulgar digna y útilmente, á saber: el estado de gracia, acompañado del firme propósito de evitar *á lo menos* el pecado mortal y las ocasiones que nos hacen caer en él. Esta es la ley que rige á toda Comunión, ora sea frecuente, ora no lo sea: ya se trate de la Comunión cotidiana del sacerdote, ya de la pascual del común de los fieles. «Sólo el pecado mortal, dice Santo Tomás, es un obstáculo absoluto para la Sagrada Comunión (2);» y

(1) Sermón sobre la Comunión frecuente.

(2) Ex necessitate quidem impedit hominem ad hujus Sacramenti receptione solum peccatum mortale. (III p., q. LXXX, a. VII).

Suárez dice igualmente que «ningún Padre ha enseñado que para comulgar digna y provechosamente se *necesiten* condiciones de mayor perfección (1).» Que estas disposiciones más perfectas se han de desear y muy desear, nadie lo pone en duda, la Iglesia las pide á todos los fieles, principalmente á los que comulgan á menudo. Pero al fin y al cabo estas mejores disposiciones son de conveniencia, de *consejo* y no de precepto riguroso, *ex quadam convenientia,* como dice Santo Tomás; y un buen director, aunque las recomiende con las mayores instancias, no las exige de una manera absoluta, por miedo de privar á las almas del único remedio que las preserva tal vez de caídas más graves. Innecesario es añadir que cuanto más á menudo comulgamos, tanto más estamos obligados á tener una conciencia más delicada, á amar á Dios con un amor más puro y á hacerle una entrega más total y generosa de todos nuestros afectos y sentimientos, potencias y sentidos; de suerte que tratándose de la Comunión cotidiana, el consejo se confunde con el precepto (2).

De todo lo cual resulta que, para comulgar con frecuencia y *dignamente,* Nuestro Señor sólo te pide en definitiva que seas un verdadero cristiano y que te halles sinceramente animado de

(1) Disput. LXIII, sect. 3.
(2) Véase el *Cielo abierto,* por el abate Favre, misionero de Saboya, donde se trata de esta materia con más extensión.

buena voluntad. Esa buena voluntad, ¿la tienes? Responde en conciencia. Si no la tienes, estás obligado á adquirirla; de otra suerte violas las sagradas promesas que hiciste en el Bautismo: y si la tienes, ¿por qué no ir á comulgar, á fin de robustecerla y confirmarte más y más en ella? Tal es el argumento claro y sin réplica que en otro tiempo dirigía á los fieles de Constantinopla el grande arzobispo y Doctor San Juan Crisóstomo: «O bien estáis en gracia de Dios, les decía, ó no. Si estáis en gracia, ¿por qué no habéis de recibir la Comunión, que ha sido instituída para manteneros en ella? Si estáis en pecado, ¿por qué no habríais de ir á purificaros por medio de una buena confesión, acercaros en seguida á la Sagrada Mesa, en donde recibiréis la fuerza necesaria para no volver á caer?»

II.

No soy digno de acercarme á Dios.

Si esta razón fuese valedera, no podríamos comulgar nunca, porque como dice San Ambrosio, «el que no es digno de comulgar cada día, ¿lo será al cabo de un año (1)?»

Dices que eres indigno de comulgar; pero ¿no sabes que, á medida que te vas alejando de Je-

(1) *De Sacramentis*, lib. V, cap. IV.

sucristo, te haces indigno y más indigno de acercarte á El?

Tus faltas crecen cuanto menos frecuentas los Sacramentos, porque te privas de aquel Pan de vida que el Concilio de Trento, con San Ignacio de Antioquía, propone á los fieles como antídoto contra el pecado y prenda segura de la inmortalidad (1).

Dejad, pues, á un lado esa falsa humildad, esa humildad de contrabando. Muy bien sabe la Iglesia que no eres digno de comulgar, y sin embargo te invita á hacerlo con frecuencia y con mucha frecuencia, si quieres llegar á ser un verdadero servidor de Dios. Tan bien sabe ella que no eres digno de comulgar, ni tú ni nadie, que obliga á todos sus hijos, á los sacerdotes y hasta á los mismos Obispos, á decir, no una vez sola, sino tres veces y del fondo del corazón, antes de comulgar: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum:* «Señor, no soy digno de que entres en mí.»

La Iglesia no te hace comulgar porque seas digno, sino porque tienes necesidad de comulgar para ser lo menos indigno posible de tu santísimo y bondadosísimo Señor. Te exhorta á comulgar, no porque eres santo, sino para que puedas llegar á serlo; no porque eres fuerte, sino

(1) Antidotum peccati, pharmacum immortalitatis. *(Epistolæ).*—Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis et à peccatis mortalibus præservemur. *(Sess.* 13, *cap.* II).

porque eres débil é imperfecto, inclinado al mal, fácil de seducir y pronto á pecar.

El *miedo* á Dios no es una virtud: la perfección de la piedad es el *amor*. Ahora bien; el verdadero amor, ó lo que es igual, «la perfecta caridad, echa fuera el temor (1),» el temor servil. La caridad no conserva el temor, sino aquel respeto filial que se concilia admirablemente con la ternura y la confianza, y que podríamos llamar el *respeto del amor*. El temor servil, ó más bien cerval, de Dios es propio de esa piedad jansenista, tan falsa como peligrosa, que cierra y oprime el corazón, destruye el amor y la confianza, seca los más generosos sentimientos, y arroja á las almas al vacío y á la desesperación.

La verdadera humildad va siempre acompañada de la confianza. Un piadoso Doctor del siglo IV se pregunta: «¿Cuál es más humilde, el fiel que comulga con frecuencia, ó el que lo hace raras veces?» Y responde sin vacilar que es más humilde el que recibe más á menudo á Jesucristo, porque con esto da una prueba cierta y una señal indubitable de que conoce mejor su miseria, y de que siente más la necesidad de remediarla.

Animo, pues, y confianza; ve á Jesús, puesto que te ama, indigno como eres de su amor; dirígete á El con humildad, ternura y sencillez, y

(1) Perfecta charitas foras mittit timorem. *(I Joan. v, 18).*

fija más tu consideración en el amor que te tiene Dios que en tus propias miserias: que cuanto más comulgarás, más digno serás de comulgar.

III.

Cuando se comulga á menudo, este acto tan grande y trascendental llega á hacerse por rutina, y no causa ya ninguna impresión.

Que no cause impresión á la imaginación y á los nervios, es posible; pero no sucede lo mismo con la voluntad. Dígolo por experiencia, pues mi ministerio me permite asistir cada día como testimonio á las asombrosas y admirables transformaciones que la Comunión frecuente opera en los corazones bien dispuestos.

Cierto es que si en la Comunión no se van á buscar sino las dulzuras de una devoción sensible acontecerá á veces que vayan disminuyendo, á medida que más se frecuente el Santísimo Sacramento... Pero en la Comunión no hemos de ir á buscar una devoción sensible, lágrimas é impresiones: si Dios nos las da, démosle gracias por ello, á la manera que un niño da gracias á su madre por los dulces y golosinas que ésta le da después de la comida; pero así como los postres son poco nutritivos y no pasan de ser un accesorio de la comida, así también en la vida espiritual y devota, y en la Comunión, que es

el grande acto de la misma, debemos poner la mira en lo sólido, debemos aspirar al acrecentamiento de las virtudes cristianas, de la humildad, de la mansedumbre, de la penitencia, de la propia abnegación y de la caridad, y no dar demasiada importancia á los consuelos sensibles, que en último resultado son unos como dulces y golosinas espirituales.

«No os engañe el pensar que tendréis más devoción cuando comulgaréis con menos frecuencia, dice San Alfonso. No hay duda que come con más apetito el que come de tarde en tarde; pero en cambio está muy lejos de tener las fuerzas del que hace sus comidas á horas regulares. Si comulgáis pocas veces, acaso os sintáis más conmovidos, acaso vuestra devoción sea algo más sensible; pero no creáis por eso que vais á sacar más provecho de la Comunión, porque á vuestra alma le faltarán fuerzas para evitar las faltas.»

No des, pues, demasiada importancia á un fervor algo más sensible, pero pasajero; y emprende el camino de la piedad con miras más elevadas; proponte por objeto en tus Comuniones alcanzar el verdadero amor práctico de Jesús, y lo conseguirás siempre. Cuando comulgares para ser más fuerte en las tentaciones, para ser más casto, más dado á la oración, más animoso en los combates de cada día, puedes tener la seguridad de que sacarás gran provecho de tus Comuniones, y de que cuánto más frecuentes sean, tanto más *efecto* te producirán.

IV.

Temo familiarizarme con las cosas sagradas.

Este temor puede ser bueno, como puede dejar de serlo. Si por *familiaridad* entiendes negligencia y rutina, tu temor es justo.

La rutina es á la buena costumbre lo que el abuso al uso. Conviene usar de las cosas buenas, no abusar; pero tampoco conviene que el temor del abuso nos impida el uso. De otra suerte no se podría hacer nada, porque se puede abusar de todo. Guárdate, pues, cuidadosamente de la rutina en las cosas que son del servicio de Dios.

Mas si por familiaridad entiendes intimidad, unión habitual, tierno abandono y dulce confianza, harías muy mal en cerrar la entrada de tu corazón á un sentimiento tan digno de las consoladoras verdades de nuestra Religión.

Al aconsejarnos la Comunión frecuente, la Iglesia nos exhorta á la verdadera familiaridad con Nuestro Señor, que es nuestro amigo celestial, y cuyo amor se concilia maravillosamente con el respeto.

¿Quién ha profesado más profundo respeto á Dios que los Santos de todos los siglos? Y sin embargo, ¿no le han amado siempre con la más tierna é íntima familiaridad? Y sin remontarnos tan alto, de los cristianos que conocemos,

¿quiénes son los que respetan más de veras á Dios, y su ley y sus Sacramentos, sino los que los frecuentan con más asiduidad?

No solamente no debes temer familiarizarte con Jesucristo, *habituarte* á frecuentar el Divino Sacramento, sino que debes procurar con el mayor empeño, adquirir y fomentar esta santa costumbre. Los buenos hábitos son tan de desear como peligrosos son los malos.

Puédese afirmar que nadie es verdadera y sólidamente cristiano, sino cuando el servicio de Dios ha llegado á ser para él un hábito, una segunda naturaleza: ahora bien, la Sagrada Comunión es el centro del servicio de Dios. «Un día sin Misa y sin Comunión es para mí, como un plato sin sal,» me decía una vez un excelente servidor de Dios, protestante y convertido.

Acostúmbrate á comulgar, á comulgar bien, y para ello comulga con frecuencia. «No se hacen bien, dice San Francisco de Sales, las cosas que no se hacen á menudo, y los mejores oficiales son los más prácticos en las cosas de su oficio.»

V.

No me atrevo á comulgar sin confesarme, y no puedo confesarme á cada momento.

Y ¿quién te pide esa perpetua confesión? La Iglesia, que nos exhorta encarecidamente á comulgar á menudo, y hasta si posible es, á co-

mulgar cada día, nunca nos ha impuesto la obligación de confesarnos cada vez que comulgamos.

No hemos de ser más católicos que el Papa; no hemos de crearnos obligaciones que, lejos de habernos sido impuestas, ni siquiera se nos aconsejan. Aun más, añado que en el caso presente tu temor es opuesto al principio de la Iglesia. No hay más que un caso en que, según el Concilio de Trento, haya obligación de confesarse antes de comulgar, á saber: cuando se tiene conciencia de haber cometido un *pecado mortal: Sibi conscius peccati mortalis* (1). Pero las almas cristianas que se acercan con frecuencia á los Sacramentos, pocas veces caen en pecado mortal.

Por lo que toca á aquellas faltas menos graves que se llaman veniales y que son inherentes á la flaqueza humana, la fe nos enseña expresamente que quedan *completamente* borradas con un acto de amor de Dios y de sincero arrepentimiento; y para facilitarnos todavía más esta purificación, la Iglesia en su solicitud maternal ha establecido, con el nombre de *Sacramentales,* medios muy sencillos con cuyo empleo quedan purificadas nuestras conciencias; tales son, entre otros, hacer la señal de la cruz con agua bendita, rezar el *Padre nuestro,* el *Confiteor* en la Misa, etc.

Y si después de esto titubeases aún en comulgar á causa de algunos pecados veniales que hu-

(1) Conc. Trid., *sess.* 13, *cap.* VI.

bieses cometido desde la última confesión, oye al Concilio de Trento, la gran voz de la Iglesia católica, declarar que «la Sagrada Comunión preserva del pecado mortal y *borra las culpas veniales* (1).»

Medita y comprende bien estas palabras del Concilio: No fué instituída la confesión para borrar tus faltas de cada día, sino la Comunión, esa Comunión á la que tienes tanto miedo. Las *culpas cotidianas,* con tal que te arrepientas sinceramente de ellas, con tal que las detestes, la Comunión las devorará directamente como el fuego devora la paja: el fuego no consume las piedras ni el hierro, pero sí devora y consume la paja. Ahora bien, las piedras y el hierro son los pecados mortales que sólo puede desmenuzar y reducir á polvo el rudo martillo de la confesión; la paja son esas faltas menos graves que por desgracia cometemos cada día, á pesar de nuestros buenos deseos.

El Jansenismo es el que introdujo entre nosotros este temor anticatólico que, bajo pretexto de mayor santidad, ensalza la confesión á expensas de la Comunión, nos fatiga con una carga abrumadora de escrúpulos, falsea nuestras conciencias, y con tenernos *respetuosamente* alejados de la Eucaristía, foco vivo y fuente de toda santidad, hace las delicias del diablo.

(1) Antidotum quo liberemur *à culpis quotidianis* et à peccatis mortalibus præservemur. *(Conc. Trid.* sess. 13, c. 11).

Si Dios reina en tu corazón, comulga valerosamente, sin temor, antes bien con gozo, á pesar de tus cotidianas flaquezas. Si fueses á encontrar muy á menudo á tu confesor, podrías tener acaso temor de cansarle; pero yendo á comulgar á menudo y aun cada día, no cansarás á Jesús que tanto te ama: te lo aseguro.

VI.

No se puede comulgar sin preparación, y no tengo tiempo para prepararme del modo debido.

La cuestión no está en saber si se puede comulgar sin preparación; claro está que un acto tan sagrado no puede hacerse á la ligera é inconsideradamente. La falta de preparación lleva á la tibieza y hace, no sólo inútiles, sino hasta peligrosas, las más excelentes prácticas religiosas. Sí, no hay duda; debemos prepararnos, y prepararnos con el mayor cuidado y solicitud, para recibir la Sagrada Eucasistía: más todavía, cuando nos hayamos preparado bien y muy bien, debemos humillarnos á la presencia de Dios y pedirle encarecidamente que se digne suplir con su misericordia los defectos de nuestra preparación.

Pero ¿en qué consiste esta preparación? ¿Será *necesario* multiplicar las prácticas de piedad, ó

hacer largas meditaciones? De ningún modo: muy bueno y laudable es todo esto, y hasta *necesario* para el que tiene tiempo; mas no todos le tienen. La Iglesia, que nos exhorta á todos, cualquiera que sea nuestra condición, á comulgar con frecuencia, es la primera en decirnos que ante todo debemos cumplir con las obligaciones de nuestro estado.

¿Qué debemos, pues, hacer para disponernos bien? Vivir cristianamente, es decir, orar atenta y devotamente, elevar con frecuencia nuestro pensamiento á Dios, mantenernos interiormente unidos á El, vigilar nuestro genio á fin de evitar las faltas ligeras, dedicarnos valerosamente al cumplimiento de todos nuestros deberes para agradar á Dios, y ejercitarnos en la práctica de la humildad y de la mansedumbre. El género de vida que llevamos, esa es la verdadera preparación para la Sagrada Comunión; así como la verdadera acción de gracias está en el buen empleo de las horas del día después que nos hemos alimentado con el Pan de los Angeles.

¿Qué es lo que te impide obrar así? ¿Se necesita mucho tiempo para pensar en Nuestro Señor y para amarle? ¿Necesitas mucho tiempo para conservarte puro y bueno, y para proponerte en todas tus acciones un fin cristiano que las santifique? ¿Necesitarás mucho tiempo para consagrar todos tus pensamientos, afectos y deseos á la mayor gloria de Dios? No se necesita más tiempo para ser bueno que para ser malo, ni

para vivir por Jesucristo que para vivir por el mundo.

«La Comunión frecuente, dice Cornelio Alápide, es la mejor preparación para la Comunión. La Comunión de hoy es una acción de gracias de la de ayer, y la mejor preparación para la de mañana... Con la Comunión sucede lo mismo que con la oración: cuanto más se ora, mejor se ora y más gusto se halla en orar.»

«Así, añade San Alfonso, aun cuando no hayas tenido tiempo para prepararte, porque te lo haya impedido una obra buena ó una obligación de tu estado, no dejes por eso de comulgar. Basta con que procures evitar toda conversación inútil y toda ocupación no urgente.»

No es esto decir que deban omitirse las oraciones y los ejercicios de piedad que constituyen la preparación inmediata, así como la acción de gracias también inmediata para la recepción del augusto Sacramento. No, la preparación y la acción de gracias inmediata son del todo necesarias, como nos lo enseña el Papa Inocencio XI, y con él todos los Doctores de la Iglesia y todos los maestros de la vida espiritual. Sin ellas, bien pronto debilitaríase en nuestros corazones el sentimiento de respeto á la Sagrada Eucaristía, y no tardaría en extinguirse, ó á lo menos en languidecer el espíritu de fe. Si podemos disponer de mucho tiempo, consagrémoslo á la Comunión; mas si tenemos poco, como sucede con frecuencia, contentémonos con lo necesario, y suplamos

con nuestro fervor y devoción las horas que no hayamos podido dedicar á la preparación.

San Francisco de Sales completa los prudentes consejos que acabamos de consignar en estas páginas, trazando en su *Introducción* la línea de conducta que sería de desear que todos nosotros observásemos. «La víspera, dice, retírate tan temprano como te sea posible, á fin de que puedas recogerte y orar en paz. Por la mañana, al dispertarte, saluda de antemano al Divino Salvador que te está aguardando. Al ir á la iglesia, ofrece tu Comunión á la Santísima Virgen, y recibe luego con el corazón lleno de amor á Aquel que se da por amor.»

Persuádete de que en esto como en muchas otras cosas querer es poder, y de que, como lo desees de veras, encontrarás siempre tiempo y lugar para prepararte y comulgar. ¡Cuántas personas de todas condiciones y edades he conocido que parecían estar materialmente imposibilitadas de comulgar con frecuencia, y que, sin embargo, encontraban, inspirándose en su fervor, medio de satisfacer los deseos de su piedad! He conocido un pobre niño que se veía rigurosamente maltratado por sus brutales é impíos padres cuando éstos sabían que había cumplido con sus deberes religiosos: pues bien, este niño se las componía tan bien, que, desde su primera Comunión, no dejaba pasar, por decirlo así, un solo domingo sin recibir la Sagrada Eucaristía. Levantábase antes del amanecer, salía secreta-

mente, iba á la iglesia y comulgaba; luego daba gracias por el camino, y volvíase á casa sin que sus padres se hubiesen apercibido de su ausencia. Asimismo conozco en París á muchas madres de familia que van cada día, tanto en invierno como en verano, á Misa primera, á fin de que, estando de vuelta temprano, no causen molestias con su ausencia ni á sus maridos ni á sus hijos.

Ten igual buena voluntad; inspírate en iguales sentimientos de fe y amor, y también tú encontrarás tiempo de recibir frecuente y santamente la Divina Eucaristía: *Vade, et tu fac similiter.*

VII.

Mas al comulgar mi corazón se queda frío é insensible: estoy distraído, y no siento el menor fervor, la menor devoción.

Cuando por la milagrosa pesca conoció San Pedro la divina santidad y majestad de Aquel que había entrado en su barca, se arrojó á los pies de Jesús, y le dijo: *Exi à me, Domine, quia homo peccator sum:* «Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pecador.» Y el buen Maestro le contestó: *Noli timere:* «No temas (1).»

No temas tú tampoco: ¿no entregaste tu co-

(1) Luc. v, 8.

razón á Dios? ¿no quieres servirle bien y fielmente? Pues no te pide más. Las distracciones deben humillarnos, no desanimarnos; está seguro de que la mayor parte de las veces no son voluntarias, y, por lo tanto, no nos privan del fruto de nuestras Comuniones. Si tienes buena voluntad, buena será también la Comunión.

¿Piensas que los Santos no experimentaron también esas tristezas, ese tedio, esa privación de todo consuelo sensible, esas importunas distracciones de que te quejas? San Vicente de Paúl sufrió por espacio de dos años enteros tan gran sequedad de espíritu, que ni aun podía formular un acto de fe; y como el demonio se aprovechara de su situación angustiosa para turbar la paz de su alma con fuertes tentaciones, el Santo puso sobre su corazón, cosido en la sotana, el Credo que había escrito al efecto, y una vez por todas convino con Nuestro Señor que cuando pondría la mano sobre aquella fórmula, se entendería que hacía los actos de fe y piedad que no le permitía el estado interior de su alma. Permaneciendo incontrastable en su fe, continuó sus ejercicios espirituales, sin dejar uno solo, celebrando cada día la Misa. Y pregunto ahora: ¿eran buenas sus Comuniones?

Fenelón pasó los últimos años de su vida sufriendo penas iguales, y escribía á su piadoso amigo, el duque de Beauvilliers: «Experimento una sequedad de espíritu terrible, y la paz de que gozo es muy amarga.»

Estas son las pruebas con que el Señor purifica comúnmente á todos sus verdaderos servidores; ésta la vía ordinaria por donde lleva á sus escogidos á la cima de la perfección cristiana; y precisamente la Comunión frecuente es, según Santa Teresa, el mejor remedio para esas almas desoladas.

Por otra parte, muchas veces la Sagrada Eucaristía obra en nuestra alma sin que lo echemos de ver, como observa San Lorenzo Justiniano; y el gran doctor San Buenaventura añade: «Aunque te sintieres tibio y sin devoción, no debes por eso dejar de acercarte á la Sagrada Mesa; porque, cuanto más enfermo estuvieres, más necesidad tienes de médico (1).» Un santo sacerdote, director de Seminario, me decía igualmente cierto día: «Temo menos la negligencia en la Comunión, que la negligencia de la Comunión; siempre la muerte es peor que la enfermedad.»

La Eucaristía es el foco del amor de Dios; luego cuanto más frío te sientas, tanto más cerca debes ponerte de ese fuego que despide ardores divinos.

Además, ¿no tendrías tú la culpa de esa sequedad que tantas inquietudes te causa? ¿Pones mucho cuidado en evitar las faltas veniales? ¿Te guardas mucho de disgustar al Espíritu Santo? Ordinariamente las infidelidades de esta clase

(1) De Perfect. Relig., cap. XXI.

tienen por consecuencia inmediata, diré más, por castigo, una especie de tristeza, un abandono aparente, durante el cual el alma se ve privada de toda dulzura espiritual.

Otra observación: estas tus penas ¿no podrían provenir también de un encogimiento, de una mezquindad, por decirlo así, de sentimientos; de una piedad, en fin, demasiado personal? Cuando comulgues, y en general cuando ores, piensa más en los otros que en ti. La caridad te hará mucho bien. Tu corazón se ensanchará á medida que te ocupes de la salvación de tus hermanos, de la conversión de los pecadores y de los intereses de la fe. Al rogar por tus semejantes se te despertarán unos sentimientos y una atención que no tenías cuando pensabas exclusivamente en ti solo.

Por último, debes saber que ese tedio, ese hastío y disgusto por las cosas del alma son casi siempre una tentación. Viendo el maligno espíritu que no puede atacarte de frente, se venga hostigándote incesantemente para que el cansancio te obligue á abandonar la buena senda. Sé más astuto que él: él quiere desalentarte no dándote punto de reposo; mantente, pues, firme y tranquilo, que no se hará esperar mucho el tiempo de la paz y de los dulces consuelos.

VIII.

¿Cómo he de atreverme á comulgar con frecuencia, si siempre vuelvo á caer en las mismas faltas?

¿Y piensas que serás mejor cuando comulgues menos?

Si tomando el ordinario alimento tus fuerzas desfallecen, ¿qué será cuando no comas nunca, ó casi nunca? En lugar de ser débil, te morirás de hambre. Absteniéndote de comer el Pan de los fuertes, centuplicarás tu debilidad y tendrás que llorar, no ya ligeras faltas como ahora, sino caídas gravísimas, pecados mortales. «Cada día peco, decía San Ambrosio, citado por Santo Tomás; cada día peco, luego cada día necesito tomar la medicina: *Quotidie pecco, quotidie remedio indigeo* (1).» Y en otro lugar: «Este Pan de cada día se toma como remedio de las flaquezas de cada día (2).»

Esto es lo que la Santísima Virgen dijo un día á Santa Francisca Romana, muy afligida y turbada por los pocos progresos que observaba en sí á pesar de sus comuniones. «Hija mía, díjole con ternura, las faltas que cometes no deben ser

(1) Sum. III, part., quæst. 80, art. 10.

(2) Iste panis quotidianus sumitur in remedium quotidianæ infirmitatis. (S. AMBROS., *lib. IV, de Sacr. Catech. Rom.).*

parte para que te abstengas de presentarte á la Sagrada Mesa; muy al contrario, deben excitarte más y más á participar del convite celestial, porque en él encontrarás el remedio á todas tus miserias.»

Es verdad que la Comunión nos preserva de caer en el pecado mortal, pero también lo es que ni aun la cotidiana nos hace *impecables*. Mientras estamos en la tierra cometemos pecados, de manera que se puede decir muy bien que los mejores de entre nosotros no son, en último resultado, sino los menos malos. Sufrámonos, pues, á nosotros mismos, ya que Jesucristo nos sufre.

Así lo han hecho todos los Santos; así lo hacían los primitivos cristianos, los cuales, á pesar de que comulgaban cada día, eran sin embargo tan débiles como nosotros. Porque yerran grandemente los que se figuran que eran todos santos: los escritos de los Apóstoles y los documentos que nos quedan de los primeros siglos de la Iglesia, prueban sobradamente lo contrario.

En efecto, San Pablo no escribe carta en que no eche en cara á muchos de ellos «sus divisiones, su inconstancia, su ingratitud y sus negligencias.» San Cipriano se queja amargamente de las debilidades y flaquezas de los cristianos de Cartago. San Agustín y otros escritores eclesiásticos hablan también de las miserias en que caían los fieles de sus días. Luego, no todos los primitivos cristianos eran santos, y sin embargo, repito que comulgaban cada día. El Papa San

Anacleto, citado por Santo Tomás de Aquino, nos dice que esta regla venía directamente de los Apóstoles: *Si et Apostoli statuerunt,* y que tal era la doctrina de la Iglesia romana: *et sic sancta tenet Romana Ecclesia* (1). Esta decretal forma parte de las Constituciones apostólicas, las cuales, según el común parecer de los teólogos de más nota, se remontan por lo menos al siglo II.

La Comunión cotidana no les hacía, pues, impecables; pero sí les daba fuerzas para no caer en muchas faltas graves, infundía á muchos de ellos virtudes heroicas, y les hacía llegar á un incomparable grado de perfección y santidad.

Lo mismo nos sucederá á nosotros. Aunque no nos haga perfectos, la Sagrada Comunión destruirá poco á poco nuestros defectos, y nos hará crecer insensiblemente en piedad y sabiduría del cielo.

No te admires de que semejante transformación no se haga en un día. ¿Cuántos años no se necesitan para que un niño llegue á ser hombre? ¿Vemos acaso cómo va creciendo? Y sin embargo, por un trabajo continuo é insensible, aunque no menos real por eso, trabajo al cual contribuye cuanto come y bebe, el niño crece cada día.

No te admires tampoco si vuelves á caer en las *mismas* faltas. La piedad y la Comunión perfeccionan nuestra naturaleza, no la destruyen; por

(1) *Const. apost., Summ.,* III. part., q. 80, art. 10.

consiguiente, aunque estemos sometidos á la acción santificante de Jesucristo, conservamos nuestra personalidad y el germen de nuestros defectos dominantes. Ese germen es el lado débil, el punto vulnerable, al cual el demonio dirige sus incesantes ataques; y de ahí proceden esas recaídas, harto frecuentes por desgracia, que fatigan y humillan á los cristianos, pero que no deben abatirlos y desalentarlos.

Si consultando la conciencia puedes decirte á ti mismo que no amas el pecado y que quieres servir fielmente á Jesucristo, no te turbe ni espante la consideración de las faltas en que caes cada día; pues la Comunión te purificará y librará de las mismas, como has podido ver más arriba que enseña formalmente el sagrado Concilio de Trento.

Si los directores de almas no pueden, á pesar de sus deseos, aconsejar á todos sus penitentes el uso frecuente de la Comunión, es porque desgraciadamente hay pocos cristianos sinceramente dispuestos á evitar hasta las menores faltas y á consagrar á Jesucristo todos les pensamientos de su alma y todos los afectos de su corazón. Por la misma razón Santo Tomás, que establece tan categóricamente en su *Suma* la tesis católica y tradicional de la excelencia de la Comunión cuotidiana, dice: «que no *todos* los fieles indistintamente deben recibir cada día la Sagrada Comunión.»

Reverencia y amor: tal es la conclusión práctica

del Angel de las escuelas; pero tiene cuidado de hacer notar «que el amor y la confianza son preferibles al temor (1).» No olvidemos nunca esta preciosa máxima, y obremos en conformidad con ella.

IX.

Comulgando á menudo, temo escandalizar á las personas que me conocen.

¿Hablas de los cristianos á medias, es decir, de esa multitud de gente que no entiende pizca de las cosas de Dios, por más que observe algunas prácticas de Religión? Sabes tan bien como yo qué caso se debe hacer de sus críticas. Deja que digan cuanto quieran; las censuras de esa clase de gentes son casi un elogio.

¿Se trata, por el contrario, de personas piadosas? puedes estar seguro de que no las escandalizarás viviendo como corresponde á un cristiano que lo sea de veras. ¿Sabes qué es lo que escandaliza en una persona que comulga á menudo? ¿Sus comuniones? No por cierto, sino su negligencia y flojedad en reprimir su mal genio, en conformar su vida ordinaria con las prácticas religiosas á que se dedica: lo que escandaliza son sus impaciencias, sus murmuraciones, sus gloto-

(1) *Amor et spes præferuntur timori* (3.ª part., quest. 80, art. 10).

nerías, el regalo con que se trata, las exageradas precauciones que toma para conservar su salud, y finalmente, esa multitud de defectos que pasan de imperfecciones, defectos que no pueden escapar á las miradas de una conciencia algo solícita de su santificación.

Si, lo que Dios no quiera, te reconocieses en este retrato, sería necesario que aplicases sin demora un remedio eficaz á este mal que es muy real. Convendría, no que dejases de comulgar, sino que te armases de mayor decisión para llevar una vida más santa y digna de Nuestro Señor Jesucristo.

Ya sé que, hasta entre los buenos cristianos, hay personas tan poco ilustradas que se escandalizan de niñerías. Sin dejar de evitar lo que pueda darles un motivo más ó menos fundado de escándalo, no debes preocuparte demasiado de lo qué dirán; pues por más que hagas no lograrás contentar á todo el mundo. Procura agradar á Dios; proponte un fin recto y honesto en todo lo que hicieres, acepta con humildad los diversos juicios y apreciaciones que tu conducta merezca á las personas honradas, y aprovéchate de ellos, si es posible, para enmendarte. Cuando tengas alguna duda, dirígete á un sacerdote ilustrado y práctico en las vías del Señor, consúltale con sinceridad, y sigue sus consejos.

Este era también el sentir del sabio y piadoso Fenelón que tan alto proclamaba la utilidad y conveniencia de la Comunión frecuente. «Debe-

mos acostumbrarnos, decía, á ver fieles que cometen pecados veniales, á pesar de sus sinceros deseos de no cometer ninguno, y que, no obstante, comulgan con fruto cada día. No deben causarnos tanta extrañeza y espanto las imperfecciones que Dios permite en ellos para hacerlos más humildes, que no veamos al mismo tiempo las faltas más graves y peligrosas de que les preserva este remedio cotidiano.

«¿Por qué hemos de escandalizarnos al ver á buenos y virtuosos seglares que, para alcanzar más completa victoria sobre sus imperfecciones, y resistir mejor á las tentaciones de un mundo corrompido y corruptor, se alimentan del Pan de los fuertes, de aquel Pan que, bajado del cielo, es fuente purísima de toda perfección y santidad?

«Despreciad los juícios de reformadores siempre dispuestos á escandalizarse de cualquier cosa y á criticarlo todo; seguid más bien los consejos de un director experimentado que os trace el verdadero camino *según el espíritu de la Igelsia.*»

Vigila, pues, cuidadosamente sobre ti mismo; guárdate tanto de los escrúpulos como del relajamiento; renueva cada día tus buenos propósitos, y prescinde todo lo posible del *qué dirán.*

X.

Comulgando á menudo disgustaría á mi familia.

Pregunto ahora: ¿al comulgar lo haces por tu familia, ó bien lo haces por ti? Dado caso que á tu familia le disgustase el que comieses diariamente, ¿dejarías por eso de hacerlo?

No hay duda que son una cosa grande y santa la obediencia filial y los deberes de familia, pero siempre y cuando la familia no se meta sino en lo que le concierne. Sé muy bien que, hasta cierto punto, aun en lo que mira al servicio de Dios, estamos obligados á condescender con ciertas exigencias de los nuestros; pero á esta condescendencia hay un límite, siendo para todos un estricto deber el respetarlo. Justamente siendo los Sacramentos, más que otra cualquiera cosa, completamente independientes de la jurisdicción de la familia, lo mejor es dejar la resolución de este grave y delicado caso de conciencia al juício de la Iglesia y de sus ministros.

La Sagrada Comunión es el manantial de toda gracia, y la fuente de toda dulzura y bondad; resultando de aquí que, cuanto más á menudo comulgues, empleando todos los medios para hacerlo lo mejor posible, te irás perfeccionando de día en día; no será tu familia la última en apercibirse de ello, y como no será tampoco la última

en sacar provecho de tu perfeccionamiento, se guardará muy mucho de crearte ningún obstáculo. Sé prudente y firme; pues de este modo encontrarás ciertamente medios para frecuentar los Santos Sacramentos, sin necesidad de molestar á nadie.

Pero si desgraciadamente, á pesar de todos tus miramientos y precauciones, tuviese todavía algo que decir de tu piedad tu familia, no te detengas por eso; antes al contrario, adelanta con paso firme y seguro aparentando no observar nada absolutamente; y verás como por este medio consigues ver desvanecida muy pronto toda preocupación, ó que á lo menos se acostumbren á verte comulgar, de la misma manera que se habitúa uno á las cosas que le disgustan. ¿Sabes tú, por ventura, si Dios Nuestro Señor quiere recompensar de este modo tu constancia, atrayendo á su amor á aquellos mismos que hoy procuran apartarte de El, valiéndose para esto de cuantos medios están á su alcance?

Esto es lo que, en el momento mismo en que escribo estas líneas, le está pasando á un rico comerciante de París, hombre profundamente indiferente en materias de Religión y sumamente opuesto á toda práctica de piedad. Habiendo este hombre enviudado hace ya algunos años, mandó á sus dos hijas á un excelente y magnífico colegio, en donde recibieron una educación sólida y profundamente cristiana. Apenas había cumplido los dieciséis años su hija mayor, cuan-

do tuvo á bien sacarla del colegio para encargarla del gobierno de la casa. Esta joven, tan firme como piadosa, no interrumpió ni por un momento las prácticas cristianas, por más que se vió obligada, para no irritar á su padre, á ocultarlas cuidadosamente. Este, sin embargo, la sorprendió una mañana al volver de Misa en compañía de su camarera, y como no se hubiese desayunado todavía, sospechando algo, preguntóle: «¿Has comulgado?—Sí, papá, contestóle sin vacilar un instante la joven, y al mismo tiempo he rogado mucho por V.—¿Y comulgas á menudo? añadió el padre con tono áspero y severo.—Sí, papá, á menudo, muy á menudo tengo esta dicha: esto es lo que me da fuerza y valor para llenar cumplidamente todos mis deberes, y en particular para conducirme con V. como debo.» Hubo un momento de silencio, y el padre inclinó la cabeza. Cuando la levantó, sus ojos estaban arrasados en lágrimas, y abrazando tiernamente á su hija, no menos conmovida que él, exclamó con la voz entrecortada por los sollozos: «¡Hija de mi alma! ¡cuán dichoso soy en tener una hija como tú!»

A partir de éste día ha habido una transformación completa en las ideas y en toda la manera de ser de dicho comerciante, y por más que desgraciadamente falte todavía algo para su completa conversión, todo indica que está á punto de efectuarse. ¡Cuántas familias se convertirían á Dios, si tuviesen por dicha en su seno una

alma tan enérgica y fiel en la práctica del amor de Jesucristo, y tan constante en recibir con frecuencia la Sagrada Comunión!

XI.

Conozco muchas personas piadosas que comulgan muy rara vez.

En cambio conozco yo muy pocas: pudiendo además afirmar que muy pocas son las personas que comulgando á menudo no sean verdaderamente piadosas en toda la acepción de la palabra.

Por lo visto estás en un grande error teniendo por personas piadosas las que sólo son religiosas. Ante todo es necesario que no confundas la religiosidad con la piedad. Basta observar al pie de la letra los mandamientos de Dios y de la Iglesia, oir Misa todos los domingos y demás fiestas de guardar, comulgar en las más señaladas, guardar el debido respeto á la Religión y vivir honradamente, para ser una persona religiosa: pero de esto á ser verdaderamente piadosa va una diferencia inmensa; pues para que se pueda decir de una persona que es piadosa, es necesario que vaya más allá, que viva más identificada con el amor de Jesucristo.

El cristiano que una vez ha entrado en las prácticas de la verdadera piedad, no se ciñe exclusivamente al cumplimiento de los preceptos,

sino que emplea todas sus fuerzas para poner en práctica todos y cada uno de los consejos que nos da el Evangelio, tales como el desprendimiento de sí mismo, el recogimiento interior, el celo por la salvación de las almas, en una palabra, todo aquel hermoso conjunto de virtudes que constituyen ó forman la santidad cristiana; obrando más bien por amor que por deber, y tomando la preciosa costumbre de considerar el servicio de Dios, no como un yugo pesado, sino como un deber tierno y filial.

Dime tú ahora: ¿conoces por ventura á muchas personas que, estando animadas de esta verdadera piedad, se acerquen pocas veces á recibir la Sagrada Comunión? Esta sería la primera vez que habría efectos sin causa, puesto que la Iglesia católica nos enseña que el acto esencial de la piedad es la Sagrada Comunión.

La experiencia nos demuestra que tan imposible es el que una persona sea piadosa no comulgando muy á menudo, como el que tenga una salud robusta faltándole un buen sistema de alimentación.

XII.

Mis deseos serían comulgar á menudo; pero mi confesor no me lo permite.

¿Qué motivos tendrá tu confesor para no permitirte que comulgues á menudo? De seguro

que si conociese que tienes las debidas disposiciones para reportar las inmensas ventajas que produce la Comunión frecuente, no sólo te lo permitiría, sino que te inicitaría á ello. Y yo pregunto: ¿le has suplicado tú alguna vez seriamente que te otorgue este precioso favor? Casi puedo afirmar desde ahora que no. Dice el Evangelio: «Llamad, y se os abrirá; pedid, y recibiréis.» Así, pues, créeme: manifiesta tu buen deseo al director espiritual, removiendo para eso los obstáculos, modificando las costumbres, y esmerándote más y más en el cumplimiento de las prácticas piadosas, sin lo cual no obtendrías quizás una respuesta favorable; y te convencerás fácilmente de que si no comulgabas más á menudo, no tenía la culpa el confesor, sino que la tenías tú solo. Ahora me dirás: «Pero si yo hago todo lo que buenamente puedo; vivo del mejor modo que sé, y todavía se me niega.» Si es realmente así, y dado caso de que no te engañes á ti mismo, haciéndote la ilusión de que eres bueno, entonces sí que compadezco al confesor, no sólo porque falta á sus deberes, sino también por la inmensa responsabilidad que pesa sobre él á los ojos de Dios, siendo la causa de tu desaliento para continuar por la verdadera senda de la piedad.

Todos los santos sacerdotes que están animados del verdadero espíritu de la Iglesia son partidarios de que se comulgue con frecuencia; siendo por esta misma razón fieles servidores del

Evangelio, puesto que, con un celo infatigable, conducen las pobres almas á Jesús, inspirándolas una completa confianza, é incitándolas á que se acerquen, cuanto antes les sea posible, al banquete eucarístico, cumpliendo así el mandato del Divino Maestro: *Compelle intrare, ut impleatur domus mea:* «Compéleles á entrar, para que así se llene mi casa.» Y siguiendo esta máxima, no hacen más que aplicar ó poner en práctica una regla general formalmente ordenada por la misma Iglesia. Efectivamente, no tenemos nosotros libertad sobre este principio de la Comunión frecuente, antes bien tenemos reglas precisas que todos debemos seguir cuando se trata de la dirección de las almas, reglas que no podemos infringir sin faltar gravemente á nuestros deberes. La Iglesia las ha resumido en el célebre Catecismo que con el título *Catechismus Romanus ad Parochos,* se publicó por disposición del Sagrado Concilio Tridentino, y por los especiales cuidados del Papa San Pío V; siendo su objeto el trazar á los sacerdotes el camino que deben seguir en la enseñanza de los fieles. Ahora bien: el Catecismo del Sagrado Concilio de Trento declara, que *los curapárrocos están obligados en conciencia á exhortar á sus feligreses á que se acerquen á comulgar con frecuencia, y hasta diariamente, puesto que el alma, lo mismo que el cuerpo, tiene necesidad de alimentarse diariamente* (1);

(1) Cat. Rom. ad Par., II *p., c.* II.

y añade que ésta es la doctrina de los Santos Padres y la de los Concilios.

San Carlos Borromeo, el grande é incomparable arzobispo de Milán, al publicar este *Catecismo* en los dieciocho obispados sometidos á su jurisdicción, sabiendo que habría sacerdotes que se opondrían á esta santa práctica, amonestó seriamente á los Obispos que castigasen con rigor, *severe puniendos,* á los párrocos que se atreviesen á enseñar otra cosa.

Ya antes de San Carlos, el Papa San León IX, revestido de la autoridad del supremo pontificado, había expedido una bula *ad hoc* prescribiendo no menos formalmente á los sacerdotes «que no negasen fácilmente á ningún cristiano la Sagrada Comunión; y que esta negativa, añadía, no la diese nunca el sacerdote llevado de un movimiento de impaciencia ó por capricho:» *Nulli christianorum Communio facile denegetur, neque indignanter hoc fiat arbitrio sacerdotis.*

También el Papa Inocencio XI, de feliz recordación, insiste igualmente sobre el deber de los Obispos y de los sacerdotes que hace referencia á comulgar frecuentemente. Habiendo venido en su conocimiento que en varias diócesis en que había la costumbre de recibir diariamente la Sagrada Comunión se habían introducido diferentes abusos con motivo de esta excelente y santa práctica, al mismo tiempo que señalaba y condenaba el abuso, trabajó con ahinco para que se mantuviese incólume tan santa y laudable prác-

tica, recordando á los Pastores de las almas que *debían* dar infinitas gracias á Dios por haber concedido á sus diócesis tan saludable devoción, y que además tenían la más estricta obligación de conservarla, valiéndose al efecto de todos los medios que les dictase una verdadera prudencia (1). «El celo de los Pastores, añade el Soberano Pontífice, vigilará muy particularmente para que no se disuada á nadie de acercarse con frecuencia ó diariamente á recibir la Sagrada Comunión, no obstando, sin embargo, esto á tomar las medidas que juzguen más oportunas y convenientes para que cada fiel comulgue con más ó menos frecuencia, según sea su grado de preparación para hacerlo dignamente (2).»

Y finalmente, el Papa Benedicto XIV, en un Breve especial que dirigió á los Obispos de Italia, declara muy terminantemente que tanto los Obispos como los curapárrocos y confesores, en nada pueden emplear mejor su celo y sus afanes

(1) Episcopi autem, in quorum diœcesibus viget hujusmodi (quotidianæ Communionis) devotio erga Sanctissimum Sacramentum; pro illa gratias Deo agant, eamque ipsi adhibito prudentia et judicii temperamento alere debebunt. (*Decretum* 12 *Februar.* 1679).

(2) In hoc igitur Pastorum diligentia potissimum invigilabit, illudque omnino provideat, ut nemo à Sac. Convivio, seu frequenter, seu quotidie accesserit, repelletur; et nihilominus det operam, ut unusquisque digne pro devotionis et preparationis modo rarius aut crebrius Dominiei corporis suavitatem degustet. (*Decretum* 12 *Februar.* 1679).

que en inculcar á los fieles aquel santo fervor de los primeros siglos del Cristianismo por frecuentar la Sagrada Comunión. Los mismos Obispos están obligados á observar estas reglas de la Iglesia y de la Santa Sede; por lo cual habiendo establecido un Concilio provincial, reunido en Ruán, que para guardar el respeto debido á los Santos Misterios, *ab irreverentiam quam potes quotidiana hujus Sacramenti sumptio parere,* no se daría la Sagrada Comunión más que dos veces á la semana, sin contar los domingos; Roma anuló este decreto con la cláusula significativa de: *Obstare Concilium Tridentium:* «Opónese á ello el Sagrado Concilio de Trento.»

Vuelvo á repetir, pues, que no somos libres en esta materia, consistiendo únicamente nuestro deber sacerdotal en saber aplicar á cada alma en particular, con el debido discernimiento, el principio general de la Comunión frecuente.

No se me oculta tampoco que hay algunos sacerdotes, por otra parte muy respetables, que parecen temer para las almas la Comunión muy frecuente; pero no dejan de estar en un error, toda vez que la Iglesia nuestra Madre nos enseña todo lo contrario. A fuer de imparciales, también hemos de decir que no es suya toda la culpa; debiéndose en parte á una educación impregnada todavía de ciertas reminiscencias jansenistas, de las que no han sabido desprenderse completamente los mayores talentos. No por esto condeno yo aquí á nadie: sólo indico los

principios absolutamente verdaderos, ya que son los dictados por la Iglesia y por la Santa Sede. El ser verdaderamente católico es la primera sabiduría de que debe ser adornado todo director espiritual. Esto sentado, desconfía siempre de las decisiones procedentes de jansenistas y galicanos, que en todas ocasiones reprueban, si no en principio, á lo menos en la práctica, cuanto nos ordena ó nos aconseja la Iglesia romana. No confíes jamás la dirección espiritual de tu alma al sacerdote que conocieres seducido por estos principios; porque sin escrúpulo ninguno te imbuiría sus ideas particulares y falsas, despreciando las infalibles enseñanzas de la Iglesia católica, madre de las almas y maestra de la verdadera piedad. Sufren mucho las almas con esta clase de dirección; no ya solamente porque es falsa, sino porque regularmente es muy árida y sumamente despótica.

Refiere el venerable Luís de Blois que un día Nuestro Señor Jesucristo se quejaba muy amargamente de aquellos que procuran retraer á los demás, con sus perversos consejos, de recibir frecuentemente la Sagrada Comunión, en estos términos: «Mis delicias son morar entre los hijos de los hombres; para ellos instituí el Santo Sacramento del altar; por consiguiente, aquel que impide que se acerquen á Mí las almas, disminuye mi gozo.»

Y el venerable Pedro de Avila, tan sumamente querido de San Francisco de Sales y de Santa

Teresa de Jesús, acostumbráda decir «que aquellos que vituperan ó reprueban en algún modo el frecuentar la Sagrada Comunión, hacen las funciones del maligno espíritu, que profesa un odio implacable á este divino Sacramento.»

Afortunadamente, de día en día van desapareciendo del seno de nuestra Iglesia los vestigios del Jansenismo, que tan profundamente la agitaron en otro tiempo; y hoy, más que nunca, están plenamente convencidos los directores de almas de que, al conformarse en un todo con las sagradas reglas prescritas por la Iglesia nuestra Madre sobre la frecuente Comunión, no sólo trabajan y aseguran su eterna felicidad, sí que también la de los fieles que les están encomendados. Santa Margarita de Cortona tenía un director que incesantemente la había exhortado á que comulgase con la mayor frecuencia posible. Cuando este buen sacerdote murió, Dios Nuestro Señor le reveló que le había recompensado debidamente en el cielo, por aquella caridad con que había procurado siempre se acercase á la Sagrada Eucaristía. Léese igualmente en la vida de un santo Religioso de la Compañía de Jesús, llamado Antonio Torres, que inmediatamente después de su muerte se apareció á una alma justa, manifestándole que Dios había aumentado mucho su gloria en los cielos, por haber aconsejado á todos sus penitentes que frecuentasen la Sagrada Comunión.

Dichoso una y mil veces aquel sacerdote que

fija constantemente toda su atención en observar en el ejercicio de su sagrado ministerio las prescripciones de la Iglesia; y dichosas también aquellas almas á quienes la bondad de Dios ha concedido el inapreciable favor de encontrar en el penoso camino de esta vida un guía semejante.

XIII.

No está en uso en nuestro país comulgar á menudo.

Di más bien abuso que uso. Cubiertos con el nombre de usos y costumbres, hanse manifestado entre nosotros una infinidad de preocupaciones tales, que poco á poco han ahogado, especialmente en la hermosa y cristiana Francia, todos los principios de la vida religiosa: este trabajo de destrucción ha durado más de un siglo, y ha logrado hacer casi imposible, bajo las hipócritas apariencias del respeto, toda práctica de piedad, dejar vacías nuestras iglesias, y secar nuestros corazones. A remediar estos males, á sacudir este polvo, á desterrar estos *usos* desastrosos se encaminan, desde hace veinte años, todos nuestros trabajos y sacrificios.

Han tocado ya los excelentes efectos producidos por la práctica de la frecuente Comunión un gran número de parroquias, que han entrado otra vez en el verdadero camino de la piedad por

medio de las santas doctrinas católicas, y por el ilustrado celo de buenos y animosos sacerdotes. Conozco algunas comarcas que en pocos años han sufrido una transformación completa; viniendo á deducir de todo esto, que tanto para una parroquia como para una comarca, lo mismo que para una alma, la Sagrada Comunión es, sin duda alguna, el principio y el foco de la vida.

Así, pues, dejando á un lado todos los respetos humanos, sin pusilanimidad ni cobardía, emprendamos todos por el amor de Dios la obra de nuestra regeneración, y sacudamos el yugo de la mentira, que rompiendo la capa de hielo que impide penetren los rayos del sol hasta el agua viva, salvaremos á estos pobres pececillos, harto tiempo aletargados, y volveremos á dar la vida y la alegría á una multitud de almas que languidecen, porque se les niega á Jesucristo.

Cuanto más respetables son los buenos usos, tanto más peligrosos son los abusos; pero éste es el peor entre todos, y al mismo tiempo uno de los obstáculos más fuertes para la regeneración cristiana de nuestra patria.

XIV.

Ya hay bastante con comulgar en las grandes fiestas, ó todo lo más una vez al mes.

Todavía es demasiado, cuando se hace sin amor y se considera como un penoso deber. Muy bueno sin duda es comulgar todos los meses; pero mucho se engañaría quien creyera satisfacer con esto los deseos de la Iglesia nuestra Madre, y portarse como verdaderamente piadoso. No es de este sentir el gran San Francisco de Sales: muy al contrario, dice terminantemente que todo buen cristiano, por poco que sea el cuidado que tenga de su alma, no puede dejar pasar más de un mes entre Comunión y Comunión. El Catecismo Romano arriba mencionado parece señalar idéntica regla, pues al aconsejar la Comunión de cada día ó de cada semana ó de todos los meses, es de suponer que no se puede tardar más tiempo.

Esta *Comunión mensual* instituída en muchas Cofradías, catecismos, casas piadosas, lo mismo que la semanal ordenada en los Seminarios y Comunidades, representa el *mínimum*, nunca el *máximum:* es necesario seguir aquellas reglas conforme al espíritu que las dictó, espíritu de piedad católica, que, deseando vivamente en unión con la santa Iglesia que se acercasen los fieles á recibir lo más frecuentemente posible la

Comunión, ha procurado fijar un *límite extremo* para las almas menos fervorosas.

Debe interpretarse también el sentido de esos laudables reglamentos y usos por la gran regla que domina á todas las otras, quiero decir, la enseñanza tradicional de la Iglesia y de la Sede Apostólica. Hemos dado á conocer además aquella sagrada máxima que el Papa Benedicto XIV resumía en estas palabras: «No hay nadie á quien no pueda aconsejársele que comulgue todos los meses, *y muy pocas son las almas á quienes deba negarse el que lo hagan cada semana;*» y San Antonino, arzobispo de Florencia, había manifestado muy particularmente la misma opinión al escribir lo siguiente: «Exhorto á todos los fieles, cuya conciencia no esté manchada con el pecado mortal, á que comulguen todos los domingos (1).»

Parece mucho menos explícito San Francisco de Sales en su *Introducción,* al recomendar á todos los cristianos la Comunión de ocho en ocho días, que la mayor parte de los otros Santos con relación á la Comunión diaria; pero también se ha exagerado mucho la extensión de sus palabras. Limítase, y con sobrada razón, á manifestar que no puede aconsejarse indistintamente á todos los fieles á que comulguen diariamente, por la sencilla razón de que, debiendo ser sumamente excelente la disposición que se requiere

(1) Pars. III, tract. 14, cap. XII.

para tan frecuente Comunión, no es prudente ni bueno el aconsejarla generalmente. Y como por otra parte esta disposición, aunque muy excelente, puede encontrarse en muchas buenas almas, tampoco es prudente distraerlas ó disuadirlas generalmente: de esto resulta que se debe tratar á cada uno en particular conforme lo pida su estado interior. Sería, pues, una gran imprudencia el aconsejar indistintamente á todos este uso tan frecuente; pero lo sería mucho mayor el vituperar á alguno por ella, especialmente cuando se ajustase á las prescripciones de algún digno director (1).

Como regla práctica, nada hay más luminoso, ni tan sencillo á la vez, como lo que sobre la Sagrada Comunión dice Santo Tomás. Después de haber expuesto la doctrina católica sobre la Comunión diaria, apoyándose en la autoridad de los Santos Padres, y muy particularmente en aquella célebre máxima de San Agustín, que dice: «Este es el Pan de cada día: recibidlo, pues, cada día, para que cada día os haga el provecho apetecido; pero es de todo punto indispensable que vuestra vida esté de tal modo arreglada, que lo podáis recibir dignamente todos los días;» sienta el Angélico Doctor aquel sabio principio de que: *Cuando una persona sabe por su propia experiencia que aumenta en su corazón el amor á Dios por medio de la Comunión diaria, y que no*

(1) Lib. II, cap. xx.

se resiente en lo más mínimo su respeto hacia tan divino Sacramento, debe comulgar todos los días (1).

Así, pues, si te encuentras en esta disposición, comulga todos los días; pero te dejo en completa libertad por si lo quieres hacer sólo de ocho en ocho días, porque ésta es la Comunión *ordinaria* de los *buenos* cristianos; advirtiéndote de paso que ésta no es la frecuente Comunión, tal como la enseña formalmente San Alfonso María de Ligorio, pues sólo entiende por frecuente Comunión la que se recibe varias veces á la semana. «¿Puede decirse (pregunta el santo Obispo, cuyas prácticas de moral han sido jurídicamente examinadas y sancionadas por la Santa Sede) que asiste á menudo á oir Misa aquel que se limita á oírla solamente los domingos y fiestas de guardar? Evidentemente que no. Pues esto mismo puede decirse con relación al que comulga de ocho en ocho días.»

En último caso, pues, no te acostumbres, como dice San Juan Crisóstomo, «á medir la Comunión por la ley del tiempo: la pureza de tu conciencia te marcará cuándo debes acercarte á ella.» Y añade San Ambrosio: «Aquel que no se encuentra en disposición de comulgar todos los días, menos se encontrará para hacerlo una vez al año.»

(1) S. THOM. *in libr. IV Sententiarum.*

XV.

En resumen, todo está llevado hasta la exageración, y además es casi imposible ponerlo en práctica.

Estás completamente en un error al creer cosa semejante, porque no solamente es posible, sino muy fácil ponerlo en práctica, como te lo están probando infinidad de piadosos fieles: la exageración está toda de parte de los jansenistas ó de los semijansenistas, que piden, para acercarse á recibir la Sagrada Comunión, disposiciones casi imposibles de alcanzar. ¿Qué haríamos, pues, nosotros, los pobres sacerdotes, que tenemos la santa costumbre de celebrar todos los días la Misa? ¿No estamos por ventura sujetos, como los demás fieles, á miserias, imperfecciones y debilidades diarias? Ningún sacerdote, notadlo bien, está obligado á celebrar diariamente el santo sacrificio de la Misa, ni aun los mismos párrocos están obligados á ello más que los domingos y fiestas de guardar. ¿Será, pues, un abuso nuestra Comunión diaria? ¿Quién se atreverá á afirmarlo? ¿No es evidente que á pesar de la imperfección, por desgracia muy frecuente, en nuestras disposiciones, la celebración del santo sacrificio de la Misa y la Comunión diaria son nuestra principal salvaguardia, nuestra salud, el principio de todas nuestras fuerzas, el

secreto de nuestra castidad, la fuente de nuestro celo, y nuestro sostén en los peligros y tentaciones diarias? ¿Quisiéramos acaso tener dos pesos y dos medidas, una para nosotros, otra para nuestros hermanos? ¿Hay alguno de entre nosotros qne, imitando á los fariseos del Evangelio, quiera imponer á sus hermanos cargas ú obligaciones, no sintiéndose él con fuerzas suficientes para llevarlas?

Todo cuanto nos enseña y aconseja la Iglesia católica es muy fácil de ponerlo en práctica y nada tiene de exagerado, porque ella nos enseña la verdad en lo que respecta á la piedad, y el escucharla es escuchar al mismo Dios Nuestro Señor; menospreciar sus consejos, es despreciar la luz de Dios.

Muy extraño se hace observar cómo algunos católicos, á veces hasta sacerdotes, hacen tan poco caso de una autoridad divina. Sé lógico en tus creencias, y por consiguiente también en todas sus consecuencias prácticas. Tú crees, sabes muy bien que Jesucristo te habla por medio de la Iglesia; así, pues, no te contentes con escucharle y darle tu asentimiento ; no te detengas en mitad del camino; llega á la práctica.

Deja que murmuren aquellos que no quieren conocer la verdad. Déjales también que hagan ostentación de lo que ellos creen ser respeto hacia el Santo Sacramento, y que en el fondo no es otra cosa que un temor servil que denota muy claramente poco ó ningún conocimiento de los

misterios de Jesucristo, á la par que mucho apego á sus ideas personales. En cuanto á ti, verdadero hijo de la Iglesia, sigue en paz el camino que te han trazado los Santos; y después de los Apóstoles, de los Mártires y de todos los primitivos fieles; después de San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, San Agustín; después de San Francisco de Asís, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura; después de San Felipe Neri, San Carlos Borromeo, San Ignacio, San Cayetano, San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio; después de Belarmino, Fenelón, Bourdaloue y otros que han exaltado á porfía la frecuente Comunión, la Comunión diaria, la verdadera Comunión católica, ¡no temas ni la exageración ni el error (1)!

«¡Alegraos en el Señor: sí, otra vez os digo, alegraos en El (2)!» Y queriendo vivir por y para Jesucristo, aliméntate frecuentemente de El.

(1) Consultar, con relación á la frecuente Comunión, el excelente libro más arriba indicado, por el abate Favre de Saboya, titulado: *Le Ciel ouvert.* Es el resumen más completo y más católico sobre esta tesis tan importante, sobre la cual ha procurado la ignorancia acumular tantas preocupaciones. El libro del abate Favre, aunque pesado ó poco pulido en su forma, es en el fondo un verdadero tesoro por la doctrina que encierra.

(2) Philip. iv, 4.

La frecuente Comunión para los niños.

Casi se vería uno obligado á creer, atendida la ligereza de los niños, que no es posible para ellos una frecuente Comunión, y que en este caso las reglas de la Iglesia sólo hacen referencia á los adultos. Nada de esto; y he aquí todavía una de aquellas preocupaciones desastrosas, causa de la ruína de tantas almas jóvenes, puesto que las entrega indefensas á los terribles ataques de las pasiones.

Los niños, lo mismo que los mayores, pueden y deben comulgar á menudo; porque Nuestro Señor Jesucristo, que conoce mucho mejor que nosotros esta ligereza que nos espanta, no les pide más que aquello que son capaces de darle; y además, como el maligno espíritu tiende todas sus asechanzas á arrebatarles desde muy temprano el más inestimable de todos los tesoros, que es la inocencia, de aquí que el único medio para defenderse de sus emboscadas y ardides es la Sagrada Comunión.

Ya hemos dicho más arriba que nunca se comulga dignamente; bastando para ello recibir al Señor con sincera y buena voluntad. Esto es una verdad tanto para los niños como para los hombres. Cuidándose, pues, la experiencia de enseñarnos que nada hay tan sincero como la buena voluntad del niño que acaba de hacer la

primera Comunión, ¿por qué no se le ha de administrar este Santo Sacramento cuando él ama á Jesucristo, y desea fervorosamente servirle?

Las más de las veces, mucho más dignos son ellos de acercarse á recibir el Divino Sacramento que nosotros que menospreciamos su piedad; y esto mismo parece indicarnos el Divino Maestro cuando dice: «Dejad que se acerquen á Mí los niños: el reino de los cielos es para aquellos que se les parecen.» El reino de los cielos sobre la tierra es la Sagrada Eucaristía.

Tú me recordarás aquí la ligereza de la infancia. Nada hay más cierto, es verdad: pero por esto mismo es necesario hacerles comulgar á menudo, cuando aman y quieren amar al buen Jesús. La ligereza no es ningún obstáculo cuando no es voluntaria. Para un niño una semana es un mes: á esta edad sucédense rápidamente las impresiones; hácese por lo tanto indispensable repetir con frecuencia estas impresiones cristianas, si queremos preparar para el porvenir hombres fuertes en la fe.

¿Me vuelves á decir que la infancia es ligera? Sí, soy de tu mismo parecer; pero en cambio es buena y afectuosa; y como es necesario dar el verdadero pábulo á su incesante necesidad de amar, resulta de aquí que se hace indispensable procurar se ponga en relación íntima con Jesucristo para alcanzar el fin apetecido, que es su amor. Aunque sean una realidad todas sus faltas y todos sus defectos, tienen, sin embargo,

poca consistencia; y por medio de la piedad se impedirá que aquellos defectos y faltas pasen á ser vicios.

Todo niño cristiano, á partir de la primera Comunión, debería tener por regla recibir la Sagrada Eucaristía todos los domingos y demás fiestas de guardar, si á ello no se opusiesen su director espiritual, ó sus padres ó sus maestros, por haber observado que le faltaba *evidentemente* la buena voluntad indispensable para recibirla dignamente; y así y todo deberíase con mucha circunspección ordenársele el retraimiento, porque el peligro de tomar malas costumbres, peligro que hiela de espanto el corazón maternal, y que solamente es combatido con eficacia por la Sagrada Eucaristía, se presentaría de frente, produciendo males incalculables. ¿Quieres conservar la inocencia, quieres conservar la pureza de tu hijo? Anímale, pues, á comulgar muy á menudo, y no se lo impidas, mayormente cuando á ello fuere incitado por su director espiritual. ¡Cuántos padres y cuántas madres, obrando inconscientemente y por un celo mal entendido, son la causa principal de que sus hijos se pierdan miserablemente! ¡A cuántos y cuántos he conocido, que han sido la causa directa y fatal de aquella misma corrupción que tanto temían! No temas, pues, mientras tu hijo asista con frecuencia á la Sagrada Comunión; pero si desgraciadamente observares en él negligencia y poco amor á tan divino Sacramento, ¡desdichado de

ti! porque todo se puede temer del niño que se aleja de Dios.

Me dirás tú que temes el porvenir, y que más vale ir despacio al principio, porque siempre es sumamente enojoso tener que retroceder. ¿Y por qué tendrías que retroceder? ¿Acaso dejarían de amar á Dios estos buenos y piadosos niños? ¿No es, por ventura, la mejor garantía para un porvenir verdaderamente cristiano una juventud fervorosa? Si quieres, pues, que tu hijo se halle más tarde con fuerzas suficientes para hacer frente y contrarrestar al mal, déjale que, de buen principio, las tome con abundancia en el manantial de toda fuerza, y permítele que se una muy íntimamente con el Principio de toda fidelidad; y de este modo será su piedad presente la prenda y salvaguardia de la del porvenir, igualmente que la inocencia conservada será la aurora de una pura adolescencia.

Si, pues, á pesar de la Sagrada Comunión acontece las más de las veces que no pueden los niños evitar el caer en nuevas faltas, ¿qué sucedería si estuviesen privados de alimentarse del «Pan Sagrado que engendra vírgenes?» Pocos niños hay á quienes baste comulgar una vez al mes; atrévome á afirmar que no hay casi uno que no pueda sacar gran fruto de la Comunión semanal, y la considero *necesaria* para aquellos que se hallan inclinados á las pasiones sensuales. Confieso y creo, sin embargo, que muy pocos son los que hasta la edad de catorce ó quince

años, viven bastante piadosamente para comulgar más de una vez por semana; pero eso tampoco obsta para que aquellos que aman de corazón á Jesucristo, ejercen sobre sí mismos una exquisita vigilancia y no cometen *deliberadamente* ningún pecado, puedan hacerlo con gran provecho dos ó tres veces por semana.

En los primeros siglos del Cristianismo admitíase indistintamente á la Comunión diaria á los niños y á los adultos: de ella procedía aquella vigorosa savia de la vida cristiana, aquel espíritu de fe, de oración y de fervor, que dió á la Iglesia tantos Santos y Mártires de diez, doce y quince años. ¿Ha disminuído, acaso, el poder de Dios? Luego los mismos medios producirán los mismos efectos en nuestro siglo, y la Iglesia verá brotar nuevos Santos de entre los fieles de la angelical infancia, si le damos á gustar el Pan de los Angeles.

«Tememos, dicen finalmente algunos padres, que nuestro hijo llegue á ser demasiado piadoso ó devoto, y que termine por quererse hacer sacerdote, y consagrarse totalmente á Dios.» ¿De cuándo acá piedad y vocación son dos palabras sinónimas? El tener miedo á la vocación es ya de sí una gran aberración por parte de algunos padres cristianos, porque el consagrarse á Dios es sin duda «la mejor parte,» y trae la bendición á toda una familia; pero el tener miedo á la piedad es demostrar muy á las claras una falta completa de sentido común. La piedad es el me-

jor de los bienes: es la verdadera felicidad, y como dice la Sagrada Escritura, «es buena para todo, teniendo las promesas de la vida futura y también las de la vida presente.» Nunca seremos demasiado piadosos, porque es imposible que lleguemos alguna vez á ser demasiado buenos. ¡Pobres niños, á quienes se pierde tan lastimosamente con semejantes ilusiones!

Dejemos, pues, que los niños gocen de esta libertad religiosa que por sí sola bastará para abrir sus corazones é iniciarlos en la vida cristiana. Si no tenemos derecho para coartarla, mucho menos nos asiste para violentarla, especialmente en lo que concierne á los Santos Sacramentos. Nuestro derecho y nuestro deber es instruírles, dirigirles y procurar salvar su inexperiencia con todo nuestro afán; pero sobre todo que nuestra dirección sea eminentemente católica, y que jamás pueda vislumbrarse en ella el menor asomo de querer poner trabas de conciencia. Por este abuso de autoridad se falsean las almas, y sin quererlo se contrarían los designios que sobre ellas tiene Dios Nuestro Señor.

Por consiguiente, acérquense también los niños con frecuencia á la Sagrada Mesa, y de este modo tendremos generaciones cristianas y poderosas, que sólo la Eucaristía hace cristianos.

«Pero ¿no es esto pedir un imposible? Recargados los sacerdotes con un trabajo ímprobo, casi no pueden, á pesar de su exquisito celo, formarles para la piedad y ponerles en estado de comulgar á menudo.» Yo soy el primero en re-

conocerlo con sumo dolor. Creo, sin embargo, que si se llegase á apreciar en su justo é incomparable valor esta parte del sagrado ministerio, tan á menudo descuidada, se podrían fácilmente tocar preciosos resultados; y si no se pudiese iniciar á todos los niños en los verdaderos principios de piedad, á lo menos habría siempre el tiempo suficiente para preparar á una frecuente Comunión á aquellos que tanto por su clara y despejada inteligencia, como por su buen corazón y felices disposiciones, diesen mejores esperanzas. Séame permitido llamar sobre este punto muy seriamente la atención tanto de los sacerdotes como de los padres.

La frecuente Comunión para los jóvenes.

Cuanto acabo de decir con respecto de los niños, tiene todavía mucha mayor aplicación para los jóvenes de dieciséis á veinte años, edad temible en la que la lucha incesante de las pasiones se complica con los ejemplos corruptores que ofrece el mundo y con otras mil dificultades procedentes del exterior. San Felipe Neri, que consagraba toda su vida á la santificación de la juventud romana, y cuya autoridad tiene doble peso, tanto por su angelical santidad como por su especial experiencia, declaraba muy terminantemente que la frecuencia de la Sagrada Comunión, juntamente con una verdadera devoción á la Santísima Virgen, no sólo era el medio

más á propósito, sino que, en su sentir, era el *único* para conservar á la juventud en las buenas costumbres y en la vida de la fe, levantarla en sus caídas y reparar todas sus debilidades.

Pasó cierto día un estudiante á encontrar al Santo, suplicándole muy encarecidamente se dignase ayudarle á despojarse de los malos hábitos que tiempo hacía le tenían esclavizado. Después de haber oído San Felipe la humilde confesión de todas sus debilidades y faltas, le consoló y le animó, y le dió sabios y prudentes consejos, y por último le despidió habiéndolo absuelto y hecho dichoso, ordenándole que pasase el día siguiente á recibir la Sagrada Comunión, y añadiendo al mismo tiempo que «si por desgracia le acontecía volver á caer en aquellas faltas, pasase inmediatamente á verle, y tuviese toda su confianza puesta en la bondad de Dios.» Vió al día siguiente acercarse á su confesonario al pobre joven á acusarse de una recaída. Como la primera vez, lo levantó el Santo en su segunda caída, animándole á luchar con valor; y al concederle de nuevo la absolución de todas sus culpas, le ordenó, como en la víspera, que se acercase á recibir la Sagrada Eucaristía. El estudiante, de una parte violentamente combatido por la costumbre, y de la otra por su vivo deseo de convertirse á Dios, alcanzó por medio de aquella misericordiosa dirección, al mismo tiempo que con la frecuencia en acercarse á recibir el Pan de los Angeles, tal fuerza y energía, que pasó trece días consecutivos á reconciliarse con

el Santo; y si el uno era incansable en su caridad, no lo era menos el otro en su penitencia. Venció por fin el amor, y Jesucristo pudo contar en el número de sus fieles á un nuevo siervo, quien en muy poco tiempo hizo en el camino de la santidad tan rápidos progresos, que San Felipe no titubeó un momento en juzgarle digno del sacerdocio. Admitido posteriormente en la Congregación del Oratorio, edificó á Roma con su celo y sus virtudes, y joven todavía, tuvo la muerte de los Santos. Su mayor gusto era contar la historia de su conversión para así animar á los pobres pecadores, y al mismo tiempo hacer entender á los jóvenes que su sola áncora de salvación es la frecuencia de los Sacramentos.

¡Qué no daría yo para hacérselo comprender así á todos, y verles acudir con afán á la Sagrada Mesa! Hállase el joven colocado, á efecto de la misma fogosidad de sus años, entre dos extremos: el amor fatal de su carne rebelada que le deshonra y le pierde; el amor á la Sagrada Eucaristía que le santifica, que es su salvaguardia y que le da fuerzas para resistir el empuje de las pasiones. En este estado, pues, es indispensable que escoja, teniendo presente que si no quiere el amor del segundo extremo, caerá necesariamente en el primero, y entonces, ¡ay de él! A los dieciocho ó veinte años, sin el alimento de la Sagrada Eucaristía, no es posible la continencia; siendo por consiguiente todavía menos posible aquella constancia en el bien, aquel candor vigoroso y aquellas nacientes virtudes que

hacen de un joven cristiano lo más bello y lo más respetable que hay sobre la tierra.

¡Qué hermoso cambio no se operaría en todos nuestros colegios y en todas nuestras escuelas públicas, si recobrase de nuevo su imperio la práctica de la frecuente Comunión! En vez de esa inmoralidad que indigna á todo corazón noble; en vez de esa indiferencia cien mil veces más corruptora que las mismas malas costumbres, veríamos despertarse del marasmo intelectual en que vegeta hace más de siglo y medio nuestra juventud, por naturaleza tan viva, tan amable, tan despejada de entendimiento y de noble corazón, para dar á la Iglesia y á la patria hombres tan grandes como en tiempos más afortunados. ¡Cuán cierto es que, lejos de Jesucristo, todo se extingue y eclipsa, y que nada vuelve á florecer si no es con su divino contacto!

La experiencia se encarga de manifestarnos la trascendental influencia que ejerce la Sagrada Comunión sobre la vida de la juventud, demostrando claramente que no hay vicios que no extirpe, ni resurrección que no realice.

Así, pues, jóvenes, ya seáis puros, ó ya por desgracia hayáis caído en pecado, acercaos á la Comunión, que es la única que os mantendrá en el orden, ó bien os restablecerá en él. Creedme, nada hay más fácil que conservarse puro y casto comulgando con frecuencia. Lo que no podéis sin Jesús, lo lograréis fácilmente con El. Pensad en el porvenir: para llegar á ser un día hombres honrados, es necesario que hayáis vivi-

do digna y santamente los años de vuestra adolescencia; y además, repito que para que vuestra honra esté libre de toda mancha y á salvo de todo peligro, no hay otro medio que acudir frecuentemente á la Sagrada Comunión.

La frecuencia de la Comunión en los Seminarios.

Si hay en el mundo algún lugar en el que deba comulgarse muy á menudo, este es, sin duda alguna, en los Seminarios, en donde vienen á cobijarse bajo la sombra de los altares aquellos jóvenes elegidos que el Salvador en su infinito amor, en su inmensa bondad y en su ternura tiene predestinados á participar de su divino sacerdocio.

Permítese en muchos Seminarios á los jóvenes clérigos que sigan libremente sus santas inclinaciones y como el instinto de gracia que les lleva á comulgar á menudo. Y por cierto que no puede ser otra cosa, porque la vocación al amor de Jesucristo llama necesariamente á la Comunión, que es el Sacramento de su amor. La primera y principal regla de todo Seminario es y debe ser la Comunión frecuente y normalizada, porque sin ella no pueden fortalecerse ni mucho menos desarrollarse las vocaciones.

La vocación eclesiástica es el conjunto de aquellas cualidades, inclinaciones y gustos que hacen que un joven se halle dispuesto á ser un día un buen sacerdote: todas estas cualidades y

aptitudes emanan de Dios, y he aquí porque en este sentido es una elección divina la vocación al sacerdocio. Con las vocaciones pasa lo mismo que con las plantas: así como para que la semilla de una planta cualquiera, la del lirio, por ejemplo, pueda crecer, desarrollarse, extender sus hojas y mostrar ufana sus bellas flores, son necesarias ciertas condiciones, sin las cuales nada se alcanzaría, como son: tierra á propósito, cierta medida ó cantidad de sal, de calor y de riego, lo mismo que otra infinidad de asiduos desvelos para preservarle de cualquier accidente que pudiese romper su tallo; así también en la vocación al sacerdocio son necesarias é indispensables, para que se desarrolle y produzca los frutos apetecidos, una porción de atenciones y de constantes cuidados, una sabia dirección y una atmósfera de santidad, sin cuyos requisitos no puede menos de perderse.

El Seminario es la tierra escogida donde la Iglesia trasplanta á aquellos de sus hijos que quieren un día llegar á ser sus ministros; la Sagrada Comunión, acompañada de la oración, es al propio tiempo el calor que vivifica y el rocío celestial que alimenta estas queridas plantas de Jesucristo.

No concibo un Seminario sin la frecuencia de la Comunión; y lo mismo digo respecto de un noviciado ó de cualquiera otra Comunidad religiosa. Difícilmente será un buen sacerdote aquel joven clérigo que no tuviere inclinación alguna hacia la Sagrada Eucaristía; acreditándose de

ser un jardinero muy poco hábil y entendido aquel director que no comprendiese la gran importancia y la indispensable necesidad del divino Sacramento para los discípulos del Seminario.

Siempre se ha distinguido el Seminario de San Sulpicio de entre todos los demás por su especial amor hacia la Sagrada Comunión. Durante los cinco años que afortunamente he vivido en él en París, no ha transcurrido un día siquiera sin que se hayan acercado á la Sagrada Mesa cierto número de jóvenes; y todos los jueves y domingos era casi general la Comunión, siendo, además, muy grande el número de aquellos que lo hacían diariamente, ó á lo menos cada dos días.

Todo cuanto se relaciona con tan divino Sacramento, lo mismo hace referencia á los pequeños Seminarios que á los grandes, mayormente pasando en aquéllos los primeros años, de los doce á los veinte, en que sobrevienen las primeras crisis de la pubertad, en que se pierde ó se conserva la inocencia, en que se forman y adquieren las buenas ó malas costumbres, y en que, finalmente, el niño llega á ser hombre. Por consiguiente, solamente Jesús, por medio de la Sagrada Comunión, debe presidir estos años de transición tan decisivos é importantes, poner á salvo á sus hijos, al propio tiempo que impedir naufrague en la tormenta el buque. Hablo por experiencia. Idéntica es la necesidad en el uno que en el otro: en el primero preserva y guarda;

en el segundo perfecciona. ¿Cómo, pues, se perfeccionaría un día lo que al principio no se ha preservado?

No ignoro los brillantes resultados y opimos frutos que tan santa máxima está produciendo en uno de los pequeños Seminarios de Francia. Pocos son los niños, aun de entre los más jóvenes, que no se acerquen á lo menos una vez por semana á recibir la Sagrada Eucaristía, no dejando de haber otros más piadosos que lo hacen con mayor frecuencia: y no olvidándose tampoco que en las clases superiores está en todo su vigor el acercarse dos, tres y hasta cuatro veces por semana, y algunos otros diariamente. Consecuencia natural de esto: ¡qué buena y cordial piedad, qué espíritu católico, qué regularidad y qué pureza de costumbres en aquella casa de bendición! Al entrar aquellos jóvenes clérigos más tarde en el gran Seminario, son ya almas místicas, admirablemente preparadas para los santos años que les esperan.

¡Ojalá se digne Dios, atendidas las necesidades de la Iglesia, prepararle y concederle de este modo verdaderos sacerdotes, educados y dispuestos conforme á las máximas católicas, llenos de espíritu puro del Evangelio y de la Iglesia, y fortificados con aquel amor tierno, confiado y práctico hacia Jesucristo, para que así puedan llenar debidamente su santa misión aquí en la tierra, y por medio de su buen ejemplo y santos consejos procurar reinen en todas las almas tan sagradas máximas!

La frecuente Comunión para los afligidos y enfermos.

Siempre y en todas circunstancias tenemos necesidad de acudir á Jesucristo; pero ésta sube de punto cuando nos encontramos acosados por las penas y los sufrimientos, ó bien cuando nuestra alma se halla apesadumbrada.

El Divino Consolador de todos nuestros males, desde el fondo de su tabernáculo nos llama y dice: «Acudid á Mí, vosotros todos los que sufrís y estáis abatidos, que Yo os consolaré.» Sólo El puede secar nuestras lágrimas ó á lo menos debe endulzarlas: El solo puede devolver á nuestro afligido corazón, hecho pedazos por los sufrimientos y pesares, aquella paz, aquella esperanza, aquella alegría íntima, tan sobrenatural, que solamente es conocida por los cristianos, y que tan maravillosamente se hermana con las lágrimas. Puede muy bien un cristiano hallarse rodeado de las mayores angustias, encontrarse postrado por el dolor, pero nunca puede ser desgraciado. «Lloro, decía un día con la mayor tranquilidad una madre que acababa de perder á su hija única; lloro, sí, pero á pesar de todo estoy contenta.» Aquí se ha de advertir que esta buena mujer comulgaba diariamente.

Encontramos en Jesucristo la eternidad, y también el cielo: con El nos juntamos, cuando es para nosotros demasiado amargo este destierro, y nos es pesada la vida. Acudamos, pues, á

recibir con frecuencia la Sagrada Comunión, que nos hace olvidar de la tierra y de sus pruebas, de sus tribulaciones, de sus luchas é injusticias, y Jesucristo se encargará de enseñarnos á sufrir con la más santa resignación, y compadeciéndose de nuestras amarguras, se dignará concedernos en cambio su paz y su divina gracia.

Acudamos igualmente á Jesucristo, siempre y cuando nos hallemos enfermos, porque además de ser el mejor medio es indudable que su visita, al mismo tiempo que dará consuelo y alivio al cuerpo, llevará la alegría á nuestro corazón. Para cumplir como buen cristiano, debería todo el que estuviese enfermo comulgar á lo menos una vez por semana, y esto habría de ser desde el principio de la enfermedad; de aquí que antes debería llamarse al médico del alma que al del cuerpo, porque lo primero y principal es la salvación del alma, no acordándonos del poco tiempo que nos toca estar en este mundo, sino pensando en la eternidad que nos espera. Esta es la costumbre establecida en Roma. Todas estas Comuniones, si habéis de recobrar la salud, harán que aquellos días de padecimientos sean días de santificación, que influirán para lo venidero: mas si ha sonado la hora de la muerte, prepararán para recibir dignamente la Extremaunción, y dispondrán el alma para presentarse ante el supremo tribunal de Dios completamente purificada por su amor.

Y vosotros, padres, no olvidéis lo que acabo de indicar si tenéis la desgracia de que caiga enfer-

mo alguno de vuestros hijos; porque la Iglesia nuestra Madre nos dice muy terminantemente que no sólo pueden, sino que deben comulgar desde que han alcanzado el uso de razón, y añade, además, el Papa Benedicto XIV, que basta que el niño «pueda hacer la debida distinción entre aquel celestial manjar y otro cualquiera vulgar alimento.» ¡Cuán santamente comulgan los niños enfermos! Obra en ellos con una fuerza admirable la gracia del Bautismo, preparándoles mejor que todos nuestros esfuerzos para recibir dignamente tan Divino Sacramento.

CONCLUSIÓN.

¿Cuál es para ti, mi querido lector, la conclusión práctica de este opúsculo? ¿Será que de aquí en adelante te acerques diariamente á recibir el sagrado Pan de los Angeles? El dar indistintamente á todos un consejo de este género sería una de las mayores imprudencias; y por esto me limito solamente á aconsejarte, en unión de nuestra Madre la Iglesia, que comulgues todos los días si es que vives y quieres vivir totalmente consagrado á Dios.

Mi deseo únicamente ha sido demostrarte, con la mayor claridad que me ha sido posible, su objeto y su uso: procurar infundirte el deseo de

hacerlo con la mayor frecuencia posible, y si es diariamente mejor; impedirte que entibies en lo más mínimo á aquellos que lo practican santamente, y por último convencerte de que, lejos de tener miedo, debemos todos sin distinción acercarnos á menudo, para satisfacer así cada día más los deseos de la Iglesia, que diariamente nos lo presenta.

Comulga, repito, muy á menudo, y en el círculo de tus relaciones, ya sea éste grande, ya reducido, procura con verdadero celo imbuir tan sagrada máxima, que éste es el deseo de nuestro Divino Redentor. No hagas caso de los que te contradigan: practica solamente la fe, y sigue con paso firme y seguro por la senda que te han trazado los Santos. «Comulga á menudo, decía el gran San Francisco de Sales, tan á menudo como te sea posible con el consentimiento de tu director espiritual, y ten muy presente que así como en invierno las liebres se vuelven blancas en nuestras montañas, por la sencilla razón de que no ven ni comen otra cosa que nieve, así también á fuerza de adorar y recibir en este Divino Sacramento la belleza, la suprema bondad y la pureza misma en su esencia, llegarás á ser tú completamente bueno y puro.»

SANCTE AC FREQUENTER.

(Ritual Romano).



ÍNDICE.




BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001906110

